



Aprender a vivir y acompañar las “pasividades”

Elías Royón

Los religiosos y las religiosas estamos acostumbrados en estos tiempos a que se nos advierta de la necesidad de “aprender” a vivir nuestra acción apostólica en esas coordenadas que hacen posible que sea auténticamente “misión”, salvando las tentaciones del activismo y la dispersión. Las demandas y urgencias pastorales son tan fuertes, y los recursos humanos cada vez más exiguos, que con frecuencia, nuestro modo de vivir está en consonancia con el de muchos de nuestros contemporáneos. Nos encontramos también como ellos, cansados e incluso con sensación de agotamiento. No es extraño, pues, que se nos advierta de la necesidad de “aprender” a vivir ordenadamente la “acción”. Aprender a vivir el equilibrio entre contemplación y acción/misión, que ha sido siempre un deseo de todo apóstol, y que es condición para la madurez humana y espiritual. Incluso, más que el equilibrio, la interacción entre ambas, que es el ideal de la vida del espíritu.

109

Es cierto que no siempre las causas son el exceso de trabajo; están presentes otros motivos: la falta de un discernimiento en la elección de las tareas, el contagio del sinsentido cultural por el que corremos el riesgo de encontrarnos ansiosos; la necesidad de sentirnos ante nosotros mismos y ante los demás protagonistas, eficaces, útiles, valorados, reconocidos, gratificados afectivamente, etc. Todo lo cual lleva a ese activismo poco fecundo, que agota y dispersa, porque dificulta la contemplación y la unificación personal.¹

Sin duda, pues, necesitamos que se nos enseñe a vivir esa “acción,” tan íntimamente ligada a nuestra vocación; porque hemos sido elegidos para “estar con Él y ser enviados a predicar” (Mc 3,14). Es también una llamada de nuestro tiempo; una nueva ascesis que proporciona una verdadera unidad interior.

¹ Cf. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 82 ss.

Elías Royón

Necesidad de saber vivir la “pasión”

Sin embargo, y casi como una paradoja, nos apremia el “saber” vivir la “pasión”; quizás porque la situación que acabamos de describir nos atrapa con tanta fuerza, que olvidamos que los momentos de pasividad forman parte de nuestra condición humana, y que por tanto vendrán; a veces pronto, y siempre, antes de lo que deseáramos y antes de lo que esperamos. La diferencia con el aprender a vivir la acción está en que de esta faceta de nuestra vida apenas se habla, nos disgusta, nos deja de mal humor; y casi nos negamos a que se nos enseñe algo sobre ella: siempre es pronto, todavía nos consideramos con bastantes fuerzas para seguir trabajando, nos creemos con buena salud, disimulamos, cuando no negamos, los achaques... Necesitamos ciertamente “aprender” a reconocer y convivir con las “pasividades”.

Por otra parte, somos conscientes de la realidad de nuestras Congregaciones: unas edades medias crecidas, abundantes casas de mayores o enfermería; cada año crece el número de jubilados, y el de los que se incorporan a esta situación. Todos los Institutos hacen un esfuerzo notable por atender a las necesidades materiales de estos hermanos y hermanas que han desgastado su vida por el Reino. Es un bello ejemplo del compartir evangélico propio de la vida religiosa; del tener todo en común, de la comunidad primitiva, ideal y motivación de la fraternidad religiosa. Como todos los enfermos y ancianos, tienen una serie de necesidades: fisiológicas, psicológicas, espirituales que es muy importante identificarlas en cada persona y atenderlas convenientemente. Se hacen esfuerzos para preparar a los religiosos/as o al personal laico para que pueda dar respuesta, con profesionalidad y sensibilidad espiritual, a estas debilidades.

110

Una experiencia compartida

Los Superiores son conscientes de las dificultades que esta pastoral plantea, porque de una pastoral muy especializada se trata; tengo presente cuando escribo esto, la experiencia de haber dialogado, en diversas ocasiones, en sesiones de un seminario interno en la Confer Nacional, sobre estas situaciones que tanto tiempo ocupan y tantas preocupaciones causan. Hemos dialogado sobre muchos de los aspectos que se refieren a este tema; así por ejemplo: los diversos criterios para decidir cuándo se deben destinar a los religiosos/as mayores de las comunidades activas a las comunidades de enfermería; conveníamos en que las necesidades materiales estaban cubiertas; que había estudios de proyección económica y sociológica de lo que los Institutos necesitarían en el futuro para atender estas necesidades; que existe la posi-

Aprender a vivir y acompañar las “pasividades”

bilidad de encontrar asociaciones laicas que tienen una gran profesionalidad y sentido religioso para atender las enfermerías cuando los religiosos solos ya no puedan prestar este servicio; si sería oportuno, como pobres que somos, ir a vivir a residencias de ancianos de la seguridad social, etc.

Sin embargo, la perplejidad era grande y generalmente compartida, cuando nos preguntábamos por un programa bien articulado para atender a las necesidades psicológicas y espirituales que incluya, como algo muy esencial, la preparación para aceptar la nueva situación tan llena de despojos sociales y afectivos, de debilidad, de dolor físico, de crecientes pasividades. Tampoco estaba fuera de la preocupación de los Superiores, el comprobar que no están ausentes situaciones de una fe débil y una confianza desdibujada para ir poniendo la vida en decrecimiento en las manos del Dios de Bondad y Misericordia; para aceptar irse perdiendo poco a poco en un horizonte de muerte que lleva a la luz y la vida verdadera.

No están ausentes situaciones de una fe débil y una confianza desdibujada para ir poniendo la vida en decrecimiento, en las manos del Dios de Bondad y Misericordia.

Causas de esta situación

111

Evidentemente que el diálogo entre los Superiores, se adentraba tanto en el intento de descubrir las causas de estas situaciones, como en el buscar respuestas que hagan eficaz la preparación para esta etapa de la vida, y que puedan prevenir las consecuencias. Las causas pueden ser tan diferentes como diversas son las personas; como diversos han sido sus procesos vitales y los componentes psicológicos de cada uno. Pero a la vez, hemos de afirmar que no es indiferente el contagio, llamémoslo así, de la cultura contemporánea en todo lo referente a las pasividades y al resumen de todas ellas, que es la muerte. Nos referiremos pronto a este influjo cultural, pero antes, hemos de reconocer que la generación que en estos años compone la franja de jubilados y ancianos, sufrió un proceso de secularización en los años del postconcilio; de estos años se ha dicho, ciertamente con mucho de injusto, que la vida religiosa activa descuidó su “alma,” profesionalizándose al servicio de causas meramente humanas, que la vida religiosa perdió su norte y en consecuencia su identidad; que el Cristo en que creíamos y anunciábamos era más un profeta denunciador de injusticias que el Hijo de Dios encarnado para nuestra salvación. Tal vez algo de cierto haya en estas afirmaciones; eran consecuencias no pretendidas del proceso de renovación posterior al Concilio; pero lo que nos interesa aquí es constatar que ese

Elías Royón

ambiente desposeyó a muchos de una devoción y unas prácticas que habían sido apoyo a la fe y a la vida espiritual; que con los años se han recuperado, aunque no en todos los casos.²

Pero ha influido más, sin duda, una serie de aspectos de la cultura actual que ha afectado a toda nuestra sociedad, y en ella a la comunidad cristiana, en todo lo relativo a la muerte y a su entorno, especialmente a los procesos de debilidad, enfermedad, vejez, que la preceden. Nuestra cultura de la satisfacción no sabe bien cómo tratar el acontecimiento último de la vida humana, porque en realidad no acepta la debilidad del hombre, quien debe conseguir y defender la felicidad como si fuera un “derecho humano.” Se busca ansiosamente una vida sin dolor, sin sufrimiento alguno; y cuando éste aparece y lo hace en su manifestación más extrema, la muerte, solo sabe mirarla de lejos, quitándole todo espacio social.³

Tendremos que preguntarnos, a este respecto, cómo resuenan en nuestro interior, temas, tan profundamente humanos como la felicidad, el éxito, la realización, la perfección humana... al contrastarlos con las palabras de Jesús: quien se obsesiona en ganar su vida, la pierde; quien la pierde por mí, la gana (Mt 16,25). Necesitamos dar sentido a esa paradoja de Jesús en medio de aquellas realidades que nuestra sociedad y nuestra cultura nos ofrecen continuamente como ofertas de felicidad, de éxito, de realización... y entender cuáles son los contenidos evangélicos de esas realidades que, por humanas, no podemos despreciar con una falsa ascética. Será útil entrar en nosotros mismos y releer estas coordenadas como parte de nuestra propia vivencia y no sólo como parte de la cultura que respiramos.

112

La cultura contemporánea ante la muerte

Aunque venimos de una civilización que ha sabido tratar con la muerte y ponerle palabras, como muestran los grandes textos de nuestra cultura, desde los filosóficos y literarios, hasta los poéticos o místicos, sin embargo, “la cultura actual oculta, silencia e ignora la muerte... Hoy es más difícil que en otras épocas afrontar la muerte, vivir el morir y ayudar a los otros a que tengan una muerte digna”.⁴ Una muerte, pues, temida a nivel personal, y a la vez escondida y privatizada socialmente. En nuestra “sociedad líquida” (Bauman), tan invadida de individualismo, el fenómeno más uni-

² Cf. José A. García, *Desde el Vaticano II hasta hoy, cuatro paradigmas de Vida Religiosa*, CON EL, Suplemento Vida Nueva, n. 6, 2012, p.12.

³ Cf. Javier de la Torre, *Una mirada a la muerte desde la teología cristiana*, en Sal Terrae, octubre 2014, pp. 739 ss.

⁴ Comisión Episcopal de Pastoral de la CEE, *Vivir el morir. Mensaje del día del enfermo 1993*.

Aprender a vivir y acompañar las “pasividades”

versal, la muerte, ha perdido su sentido social, y se corre el riesgo de dejar al individuo solo a la hora de enfrentarse a ella. Se esconde en los hospitales y el duelo se relega fuera del ámbito de la comunidad. En otra dimensión, recordemos como en las letanías de los santos se pedía ser liberados, “de la muerte repentina e imprevista;” hoy se prefiere, aún entre los religiosos, una muerte rápida, instantánea, sin sufrimiento, sin darse cuenta. La “buena muerte de antaño” ha dado paso al deseo, al menos en muchos, de una “muerte dulce.”⁵

Es difícil, casi imposible, que todo este ambiente cultural tan socialmente aceptado y por tanto, tan amplia y profundamente extendido, no afecte, en su totalidad o en parte, a los religiosos. La experiencia confirma esta intuición, y de aquí nace la preocupación y la responsabilidad de los Superiores, que debe ser de todos los consagrados, de asumir la necesidad de disponernos para este momento, así como también de saber acompañar a otros; conscientes de que educarnos para la muerte es educarnos para la vida. Por eso, no se trata de prepararse para una “buena muerte,” sino de aprender a vivir las “pasividades” que se suceden necesariamente en el camino de la vida humana; la consumación de sus pasividades y disminuciones es la muerte. Efectivamente, Teilhardde Chardin (1881-1955), en el *Medio Divino*, formula la necesidad de aprender a asumir todo aquello que nos disminuye, la pasividad humana, “incomensurablemente más extensa y más profunda” que la acción. El ser humano debe, pues, amar y aceptar sus pasividades, tanto como su capacidad de acción, porque Dios puede hallarse “en y por toda muerte.” Y en otro momento, añade: “preguntémonos en qué condiciones, nuestras muertes aparentes, es decir los despojos de nuestra existencia, pueden integrarse en la instauración del Reino y del Medio Divino.”

En nuestra “sociedad líquida”, el fenómeno más universal, la muerte, ha perdido su sentido social, y se corre el riesgo de dejar al individuo solo a la hora de enfrentarse a ella.

113

Posibles ayudas para vivir el morir

Acogiendo esta sugerencia del gran jesuita francés, nos disponemos a exponer algunas de esas ayudas para vivir el morir que lleva consigo esos despojos de nuestra existencia. No se improvisa, hay que educarse y edu-

⁵ Rudesindo Delgado, *Pastoral del morir*, en *Sal Terrae*, octubre 2014, pág. 755. Cf. Javier de la Torre, *Pensar y sentir la muerte. El arte del buen morir*, Universidad Pontificia Comillas/San Pablo, Madrid 2012, pp. 201-249.

Elías Royón

car, prepararse y acompañar. Hay que reintroducir con naturalidad el hecho de la muerte, la última gran pasividad, en nuestros esquemas mentales y afectivos, y llenar de humanidad y compasión el proceso de aceptación de las pasividades: el ir perdiendo poco a poco las fuerzas y el sentir como crece la debilidad.

Fácilmente olvidamos los bienes recibidos, las obras que Dios ha hecho en nosotros y por nuestro medio. Estos olvidos impiden acoger y aceptar la debilidad actual.

No basta que las necesidades materiales estén cubiertas; que tengamos en nuestras casas de mayores y enfermerías personas profesionales que atiendan las necesidades fisiológicas, supriman o alivien el dolor físico y logren el mayor bienestar corporal posible. No basta a ningún ser humano, pero, en algún sentido, menos aún a los religiosos. Hay que buscar respuesta a las necesidades espirituales.

Mirar al pasado: sanar heridas

En estas situaciones de vejez o enfermedad, con frecuencia nos detenemos en recordar el pasado, mirar el futuro, y quejarnos del presente. A veces repasamos el pasado con nostalgia, todo tiempo pasado siempre fue mejor; pero fácilmente lo recordamos con una memoria débil: olvidamos los bienes recibidos, las obras que Dios ha hecho en nosotros y por nuestro medio, los frutos apostólicos, la creatividad pastoral, la entrega y la fidelidad en el seguimiento. Estos olvidos impiden acoger y aceptar la debilidad actual. En cambio, el recuerdo agradecido, favorece la confianza y nos abre a la esperanza en el futuro. Por eso es importante releer la propia vida desde la fe y la confianza en la bondad del Señor. Alivia y evita deprimirse el sentir la pobreza del balance de la propia vida en la presencia de Dios, porque lleva a sentirse aceptado y a aceptar, a reconciliarse consigo mismo y con los demás, y a ponerse confiadamente en sus manos.

También las pasividades propias de la edad o la enfermedad: la conciencia de la propia finitud, el miedo, la angustia, la sensación de impotencia y abandono... pueden ser “divinizadas” en esta lectura confiada. Ayudemos a otros a este ejercicio de creer en la misericordia y agradecer la historia vivida. Curar el pasado ayuda a vivir el futuro con esperanza y esto es ayudar a vivir la muerte de los despojos existenciales.

Encontrar a Dios en todas las cosas

La *Contemplación para alcanzar amor* [Ej 230] de los Ejercicios nos proporciona una ayuda eficaz para prepararnos a vivir el encuentro defini-

Aprender a vivir y acompañar las “pasividades”

tivo; nos sitúa en una actitud de agradecimiento existencial; al “reconocer” que todo es don y gracia, surge el impulso de vivir en acción de gracias a Dios, por “tanto bien recibido”. Reconocemos su presencia en cada don, en todas las cosas; por tanto, si lo descubrimos en la “acción”, también será posible descubrirle en la “pasión.” Se trata de la actitud fruto del proceso de desasimiento interior en el encuentro, a lo largo de la experiencia de los Ejercicios, con el Señor que nos invita a “más amarle y servirle,” a identificarnos con Él, a vivir con Él y como Él, que Ignacio llama “indiferencia;” una actitud que nos lleva a poner en el centro de la existencia a Dios, como único Señor, y considerar todo el resto como relativo. Desde ahí no hay situación que no pueda ser agradecida, que no pueda ser convertida en signo de un amor misericordioso, aunque a veces, esté envuelto en el misterio, y nos cueste el llegar a reconocerlo como don.

Enviados también en la debilidad

La ayuda para vivir el proceso final de nuestra existencia que ahora presentamos, pertenece plenamente al ámbito de la preparación; nada se improvisa, y con frecuencia nuestras actitudes y comportamientos terminales, el cómo vivimos la “pasión,” reflejan, e incluso agrandan, cómo hemos vivido la “acción.” Aquí se sitúa la vivencia de la actividad apostólica.

Recordemos ante todo, que la misión es parte integral de la vocación; no hay vocación sin envío, ni misión que no sea la respuesta a una llamada del Señor. Este es su sentido más genuino; por eso la misión es, en primer lugar y sobre todo, un compromiso con la persona de Jesús. Un compromiso que, como la vocación, se extiende a toda la vida, no solo a las etapas de “acción”, sino que perdura en la enfermedad, en la vejez, en la debilidad, es decir en la “pasividad.” Nos entronca con Jesús y su misión. Toda la vida de Jesús es misión. Jesús es misión. Nuestra vida, pues, como llamados y enviados, es misión.

Ignacio en la meditación del Rey Eternal [Ej 91] expresa con gran claridad esta realidad. A la llamada de Cristo nuestro Señor [Ej 95] considera dos respuestas, primero la de “todos los que tuvieran juicio y razón”, que ofrecerán “todas sus personas al trabajo”. Es la respuesta para realizar un proyecto: “conquistar todo el mundo y todos los enemigos”. Pero contempla una segunda respuesta, la de aquellos que “más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal” [Ej 97]. Se trata de una respuesta desde el amor, de quien ha sentido la misericordia como respuesta a su conversión. Una respuesta desde el “*magis*.” “más afectarse”. ¿Pero, a qué se ofrecen? Podría suponerse que se ofrecerán

Elías Royón

*En cada etapa de la vida
hay un modo diverso
de vivir la pobreza y la
humildad, pero la misión
continúa: somos
enviados también en la
debilidad.*

hasta el extremo de la entrega, hasta derramar la última gota de sangre en ese proyecto de “conquistar todo el mundo y todos los enemigos”. Sin embargo, la respuesta se transforma en una oblación, en un deseo del alma de ser elegidos, para ser imitadores de Jesús: “yo quiero y deseo, y es mi determinación deliberada, en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza tanto actual como espiritual” [Ej 98]. Es decir, la respuesta es desear identificarse con el Señor, vivir con Él y como Él, en pobreza y en humildad.

Evidentemente las dos respuestas deben ser integradas, pero esta segunda se puede vivir en la “acción” y en la “pasividad” de la enfermedad y la vejez, hasta en el momento mismo de la muerte. En cada etapa de la vida hay un modo diverso de vivir la pobreza y la humildad; y ciertamente en la debilidad y en el deterioro, físico o psicológico, en las “pasividades” en general, vivimos una particular pobreza y sufrimos nuevas situaciones de humillación. Las tareas no podrán realizarse, pero la misión continúa. Hay pues, una bella conclusión que llena de gozo el corazón: somos enviados también en la debilidad.

116

Jesús nos salva del miedo a la muerte

Efectivamente, la identificación con Cristo, como tarea cristiana de toda la vida, es la auténtica preparación para el encuentro definitivo; pero a la vez, es una ayuda consoladora para vivir los momentos de muerte que, como venimos repitiendo, constituyen las “pasividades” a las que no podemos escapar, y que en palabras de Teilhard “de instante en instante nos sustraen a nosotros mismos para empujarnos hacia el fin”. “Pero superemos la muerte, añade él, descubriendo a Dios en ella. Y lo Divino se hallará con ello instalado en el corazón de nosotros mismos, en el último reducto que parecía poder escapársele”. A este descubrimiento, que implica el superar el miedo a la muerte, nos conduce la Palabra de Dios, y su realización hace posible la salvación de Jesús.

“Jesús por su muerte libera a cuantos por temor a la muerte estaban sometidos de por vida a la esclavitud” (Hebr 2,14-15). El miedo a la muerte es una de las experiencias más humanas que existe. Es un hecho existencial que, de algún modo, es imposible de eliminar. No se puede combatir con el razonamiento, porque pertenece a otra dimensión del ser humano. A pesar de la fe, la muerte es esencialmente “oscura” y no evita un fondo

Aprender a vivir y acompañar las “pasividades”

de angustia aun en el cristiano. Podemos fingir muchas cosas, pero es difícil fingir el coraje frente a la muerte; cuando nos vemos afectados por una enfermedad grave, surge un temor que no podemos dominar, revelándonos que, en realidad, no hemos superado el miedo a morir.

Pero el miedo a la muerte es también el símbolo de todos los miedos a perder, a dar y a entregarse; no están ausentes de nuestro egocentrismo y del afán de acaparar, que moviliza el instinto de conservación y el deseo de seguridad; son símbolo también de los miedos a los despojos físicos, psicológicos, sociales, afectivos que protagoniza el ser humano en la vida, pero especialmente en la vejez, en la enfermedad, junto a la soledad, el cansancio, la pérdida de atención y del gusto por el trabajo... Son todo pasividades, formas de anticipación de la muerte; por eso los vivimos con temor y nos quitan la libertad. De aquí que necesitemos no suprimir, porque es imposible, pero sí superar el miedo a todo lo que puede llevar en sí la imagen de la muerte. Sin esta superación no estamos verdaderamente identificados con Jesús.

Jesús sintió la angustia y el temor a la muerte

¿Cómo nos libera Jesús de esa esclavitud de que habla la carta a los Hebreos? Pasando por ese mismo miedo, por la angustia del temor a la muerte, y abriéndose a la voluntad del Padre. Jesús nos hace capaces de un acto de confianza total en Dios para poder “dejarlo todo”, superando el miedo a la inseguridad del “dejar” y aceptando los efectos de los “despojos” con que la vida nos va erosionando. También aquí hay un aspecto de nuestra identificación con Jesús: llevar a la totalidad la condición del seguimiento: “dejándolo todo, le siguieron”. Quedarse solo en las manos del Padre, imitando a Jesús en su entrega radical de la cruz: todo está cumplido.

Los textos del Nuevo Testamento nos presentan a Jesús en lucha con este nudo de la existencia humana que es la angustia de la muerte; nos resulta difícil de comprender puesto que es el Hijo de Dios, pero Jesús quiso participar de nuestra condición humana, y tuvo miedo a morir: “comenzó a sentir terror y angustia, y les dijo: mi alma está triste hasta el punto de morir” (Mc 14,33-34). Lucas comenta: “Y sumido en agonía, insistía más en la oración; sudaba como gotas de sangre, que corrían por el suelo” (Lc 22,44). También el evangelista Juan que no narra la escena de Getsemaní, nos describe igualmente a Jesús en lucha con el miedo a la muerte: “...Ahora estoy profundamente angustiado ¿y qué voy a decir? ¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12,27). Y el autor de la carta a los Hebreos habla de que Jesús “presentó

Elías Royón

con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte” (Hebr 5,7).⁶

Jesús padece la angustia humana ante una muerte que sabe cercana; un cáliz que no es simplemente la muerte biológica, sino la condensación de todo el pecado de la humanidad. Y en la angustia implora al Padre “aparta de mí este cáliz”, pero después de una intensa lucha interior en la oración, se entrega a la voluntad del Padre: “no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc 14,35-36). Hasta aquí se extiende lo que había sido su alimento (cf. Jn 4,34) y el sello más profundo de su identidad: “estar en las cosas del Padre” (cf. Lc 2,49). Renueva la aceptación de ser “enviado” para salvar a la humanidad, según el designio salvífico del Padre. Va a la muerte en un acto de libertad suprema: “nadie me quita la vida, la doy yo voluntariamente” (Jn 10,18). Efectivamente, la muerte de Cristo es expresión de su amorosa obediencia, de su libre entrega al Padre. Pero podríamos decir que, como hombre, vivió muriendo cada vez que en su existencia cumplía la voluntad de Aquél que le había enviado.

Conclusión

118

Los religiosos seremos verdaderamente libres cuando le imitemos, pasando por la prueba del miedo a las pasividades, aprendiendo a confiar. Un día ya lejano, lo dejamos “todo” para seguir al Señor, pero llega una etapa de la vida en la que ese “todo” adquiere un particular sentido de totalidad; contra nuestra voluntad, se nos impone la debilidad que anuncia el final de la existencia; para entonces deberíamos estar disponibles, para ese acto de libertad por el que confiar y abandonarse en las manos del Padre.

Quisiera terminar con el testimonio del Cardenal Martini. En la presentación de un libro sobre Pablo VI en Milán, 3 octubre 2008, el cardenal ya enfermo, elogió las palabras del Papa Montini en uno de sus escritos sobre la muerte: “un texto demasiado bello, maravilloso, lírico...” y añadió sus propios sentimientos: “sería tan bello poder decir: Jesús ha afrontado la muerte en nuestro lugar para que podamos ir al cielo por un sendero cuajado de flores... En vez de eso, Dios ha querido que experimentemos el miedo de pasar por el duro trance de la muerte y de la oscuridad... He recobrado la paz ante la inevitable realidad de la muerte, cuando he comprendido que sin la muerte nunca seríamos capaces de un acto de total confianza en Dios, sin posibilidad de una salida de escape... Lo que impone la muerte es un acto definitivo de confianza... Deseamos estar con Jesús y este deseo lo expresamos a ojos cerrados, ciegamente, dejando todo en sus manos.”

⁶ Carlo María Martini, *Creo en la vida eterna*, San Pablo Madrid 2012, pp. 17-37.